

VIA-MALA.

Explotación de maderas.

La riqueza de los Alpes consiste en las maderas y en los pastos; pero las vacas no pueden aparecer en todos ellos: hay sitios difíciles en los que solo es dado palear á las cabras monteses, ó al segador nómada, que para hacer su poco de yerba traga sin miedo por las más escabrosas pendientes, y anda atrevida por antroscosomas rombos, mirando á sus pies un abismo profundo. Los bosques son ruidosamente espesos y de difícil penetración, y esta es la causa de que la explotación se haga por medio de cuerdas fuertes, como que á veces el viento peligroso. Pasando al mismo punto el leñador por lo escarpado de las montañas que elevan el valle, después de haber conducido hasta el borde de las cimas las maderas que para su uso cortara, las desmenuja arrastrando en el fondo de la llanura y no necesita de otro me-

dio de transporte. Á lo ménos para las maderas de consumo, que no hay inconveniente se quebranten y hagan pedazos.

Si está lejano el lugar en que las maderas han de cortarse, muchas veces un riachuelo, un torrente que corre bajo la selva explotada, recibe en su seno los despojos que se le arrojan, y los conduce á la primera aldea. Allí se construyen almadías, y desde ellas se conduce á los países circunvecinos y aun hasta á Holanda el tributo de los Alpes.

En otros puntos pueden las montañas por sí mismas arrastrar las maderas, haciéndolas deslizar por ciertos pasillos de imposible tránsito para los caballos y carruajes. Este medio de transporte ha estado tan en uso, aun en los caminos de carretera, que se han dado leyes prohibiendo se arrastran las maderas por los caminos públicos. Muchos turistas hay que no hayan encontrado en los caminos de la Suiza unas piedras puestas en lo alto de las pendientes en las cuales se ven grabadas estas sacrosantísimas palabras: «La ley prohíbe cualquier su gada-rueda, y transportar las maderas arrastrándolas.»

Pero si las cercanías no ofrecen pendientes accesibles, si en el fondo de una garganta salvaje como esta, en vez de correr el torrente, se quiebra, espumea, salta y sigue un rumbo asaz tortuoso para hacer imposible por su medio el transporte de las maderas, entonces es necesario recurrir á otros medios para esquilmar á las rocas Alpinas sus escondidos tesoros. Los leñadores se encaraman por estrechos senderos, y luego que llegan al lugar de la explotación, establecen un aparato mecánico del que dá una idea clara al grabado. En cada lado del precipicio se fija una polea en la cual engrana una maroma de suficiente fuerza, y de este modo las maderas atraviesan libremente el abismo.

Estamos, pues, en plena Via-Mala en el canton de los Grisones, entre Thusis y Ander. El aparato mecánico no tiene otro nombre que el de su propietario M. Schreihes. Lo que mas frecuentemente se baja es el carbon que se hace en lo alto, el cual está destinado para el consumo de los pueblos circunvecinos y de algunas fundiciones que se hallan en el contorno. Sin embargo, se bajan tambien maderas de consumo y de construcción. Las dos barraquitas distan una de otra de 300 á 400 metros.

En el fondo de esta espantosa garganta, y entre los valles de Schamsy de Domleschg se precipita el Oschein posterior (Hinterrehein). La Via-Mala, llamada así por las frecuentes desgracias ocurridas á consecuencia de los desprendimientos de las rocas, se comenzó el año 1470. Mas tarde se construyeron puentes sobre el abismo, y el pasajero no puede menos de rendir homenaje al audaz arquitecto Christian Vildener, de Davos. El puente mas antiguo construido en el principio del camino conduce desde la orilla izquierda á la derecha: el segundo de la derecha á la izquierda, y el tercero tambien de la izquierda á la derecha. La profundidad que hay bajo el segundo puente es de 166 metros.

La angostura de la garganta es tal, que apenas se percibe el río que corre espumante en el fondo. Cuando se sale de aquellos horribles desfiladeros, y se entra en el delicioso suelo de Ander, causa una agradable y singular sorpresa el ver aquellos lindos edificios rodeados de verdes praderas, y aquellos excelentes albergues donde se puede con tranquilidad reposar. El pais de los Grisones es una de las partes menos visitadas de la Suiza, y sin embargo de las mas dignas de serlo.

AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON.

(Conclusion.)

Ya que están repartidos los papeles, el mundo va dando á cada uno insignias y atributos que le son propios: dá púrpura y laurel al rey; á la hermosa, flores lozanas; al rico, joyas de gran precio; á la discrecion, cilicio y disciplina; al labrador, un azudón; y al llegar al pobre le pregunta:

Mundo. ¿Qué papel es tu papel?

Pobre. Es mi papel la afliccion,

(1)

es la angustia, es la miseria:

la desdicha, la pasion,

el dolor, la compasion,

el suspirar, el gemir,

el padecer, el sentir,

importunar y rogar,

el nunca tener que dar,

el siempre haber de pedir.

El desprecio, la esquivaz,

el baldon, el sentimiento,

la vergüenza, el sufrimiento,

el hambre, la desnudez,

el llanto, la mendigüez,

la inmundicia, la bajeza,

el desconsuelo y vileza,

la sed, la penalidad,

y la vil necesidad,

que todo esto es la pobreza.

Mundo. A ti nada te he de dar,

que el que haciendo el pobre vive,

nada del mundo recibe;

antes te pienso quitar

estas ropas, que has de andar

desnudo para que aruda
yo á mi cargo, no se duda. (Despójale.)

Pobre. En fin, este mundo triste
al que está vestido viste
y al desnudo le desnuda.

Empieza la representacion, que preside el autor desde un trono de gloria. En la escena hay dos puertas opuestas: una representa la cuna, otra el sepulcro. Todos van saliendo por la primera á hacer sus respectivos papeles. El rey, la hermosa y el hombre rico, se dejan llevar del desvanecimiento y del orgullo; la discrecion, ostada y desprecia los bienes del mundo; el labrador, trabaja malcontento; y el pobre se queja de su suerte y pide limosna: rechazándole todos, dándole solamente la discrecion.

Cuando está el rey mas envejecido de su poder, anumerando sus vastos dominios, gozándose en su gloria y su grandeza; oye una voz que canta dentro:

Rey de este caduco imperio,
cese, cese tu ambicion,
que en el teatro del mundo
ya tu papel acabó.

Vase el rey por la puerta del atahud, y aunque su muerte pone en confusion á los demás actores, la olvidan al momento, y dice el mundo:

¡Qué presto se consolaron
los vivos de quien murió!

Sucede luego lo mismo á la hermosa, luego al labrador, luego á un mismo tiempo al pobre y al rico, á quienes dice la voz:

Número tiene la dicha,
número tiene el dolor,
de ese dolor y esa dicha
venid á cuentas los dos.

Queda la última la discrecion, que se va ella misma sin que ninguna voz la llame: y cuando queda sola la escena se pone el mundo á la puerta del sepulcro, y dice:

Corta fué la comedia; pero cuándo
no lo fué la comedia de esta vida,
y mas para el que está considerando
que todo es una entrada, una salida?
Ya todos el teatro van dejando
á su primer materia reducida
la forma que tuvieron y tomaron,
polvo salgan de mí, pues polvo entraron.
Cobrar quiero de todos con cuidado
las joyas que les di, con que adornasen
la representacion en el tablado,
pues sola fué mientras representaron.

Saló el rey, y el mundo le pregunta quién es, á lo que le responde haciendo una pomposa enumeracion de sus titulos y de sus glorias: y al acabar le dice el mundo:

Pues deja, quita, suelta la corona,
la magestad desnada, pierde, olvida
vuélvase; torne, salga tu persona
desnada de la farsa de la vida.

Saló la hermosa, y el mundo la dice:

¿Dónde está la beldad, la gentileza
que te presté? ¡Volvémela procura.

Hermosura. Toda la consumió la sepultura.

Allí dejó mástices y colores,
allí perdi jazmines y corales,
allí desvaneci rosas y flores,
allí quebré marfiles y cristales.

Todos van en fin saliendo y volviendo al mundo lo que de él recibieron, y al salir un año á quien dió ha condenado á morir sin saber, le dice:

Mundo. Tú que al teatro á recitar entraste,
¿cómo, di, en la comedia no saliste?

Niño. La vida en un sepulcro me quitaste,
allí te dejo lo que tú me diste.

Después que ha cobrada todo lo que dió, dice el mundo

Ya que he cobrado augustas magestades,
ya que he borrado hermosas perfecciones,
ya que he frustrado altivas vanidades,
ya que he igualado celos y azadones,
al teatro pasad de las verdades,
que este el teatro es de las ficciones.

Entonces el divino autor juzga á cada uno segun el modo con que ha desempeñado su papel. El rico se condena; el pobre y la discrecion se salvan; sálvese el rey á ruegos de esta; y el labrador y la hermosa quedan en el purgatorio con esperanzas de asistir algun dia á aquella espiritual cena que es la Eucaristia, asunto final del auto.

Si el temor de prolongar demasiado este artículo no nos detuviera, citaríamos otros muchos pasajes, y aun autos enteros, en que nuestro autor se muestra admirable: basten las muestras que ya hemos dado, si bien no son tal vez las que mejor pudiéramos haber elegido; pero despues de una larga lectura de estos autos, indecisos entre tanta belleza, nos encontramos en la situacion del hombre que se vió de repente en la caverna del Dios Pluton, rodando á sus pies el oro y la plata, colgando por las paredes, como estabecitas brillantes, los diamantes, los rubies, toda clase de piedras preciosas, iluminado todo por la claridad de cien antorchas encendidas: este hombre, deslumbrado por tanta luz, aturdido á la vista de tanta riqueza, quedaba al principio desvanecido y admitido, despues se despertaba en él el sentimiento de la codicia, queria ser dueño de aquellos tesoros, pero en la imposibilidad de llevar todo lo que veia, corria de una parte á otra tomando, dejando, volviendo á tomar lo mismo que habia ya dejado, y llevando al fin al azaso lo primero que alcanzara viendo que la eleccion era tan difícil.

Toda medalla tiene su reverso: restanos, pues, hablar de los defectos de las obras que nos ocupan, ya que hemos hablado de sus bellezas. La critica, del modo que generalmente se ejerce hoy entre nosotros toca siempre en dos extremos ópuesos: elevase á un autor hasta ponerle en las nubes, ó se le rebaja hasta confundirle en el polvo. Cuán diferente aparece la naturaleza en sus procedimientos: no hay cosa tan mala en sí misma que no tenga tambien algo de buena; no hay cosa tan buena á la que no falte algo para serlo enteramente; y si la superbia, la infinita inteligencia de Dios no ha podido producir nada enteramente perfecto; ¿qué hará el hombre con su inteligencia limitada, encerrada en un círculo que por mucho que se agrande será siempre pequeño? Las obras del hombre serán siempre defectuosas, por mucho que avancen la humildad por ese camino de perfectibilidad indolida en que parece hallarse colocada; allí donde haya bellezas habrá tambien imperfecciones: el sol es la fuente de la luz y tiene manchas en su superficie. Esto sucede sobre todo en las obras de ingenuo, en las obras literarias; esto sucede, en fin, á nuestro autor.

Empezaremos notando en él esa oscuridad de conceptos de quanto se le acusa, si bien en sus autos es menos frecuente y mas disculpable: menos frecuente, porque no teniendo que juzar, como en sus comedias, con aquella galanteria conceptuosa y algebrada de la época, se acerca mucho mas al tono que conviene á cada personaje; más disculpable, porque donde se muestra mas oscuro es en aquellos pasajes donde van en sentido perpetuamente figurado tiene que sostener alegorías muchas veces forzadas, siendo de notar, sin embargo, que algunas veces explica con bastante claridad cuestiones sumamente difíciles de teología, sin apartarse jamás, segun atestigua el examinador en la aprobacion á la primera parte, del parecer de los teólogos y santos padres. Mucho nos deja que desear, sin embargo, respecto á la claridad: raramente tiene de esposicion largueñones, oscuros, casi incomprendibles, en las que se olvida el objeto principal, cómo se pierde de vista una senda tortuosa entre dos montañas. Las alegorías padecen algunas veces de este mismo defecto: en *El hacedor jacobino del Retiro*, el rey es más veces el rey Felipe IV, otras el mismo Cristo; la reina representa la reina Isabel, esposa de aquel, y al mismo tiempo la Iglesia, de lo que resulta gran confusion. Otras veces pasan las alegorias de poca naturales, de inconvenientes, y aun de extravagantes: en el mismo auto se corre una sortija con el Santísimo Sacramento, y al fin se le lleva la *fe*, y se hace á S. Pablo presidente del supremo Consejo de Castilla, á Santiago del de la Guerra, á San Felipe del tribunal de Hacienda y cuentas, etc.; en *El valle de la Zarzuela*, Jesucristo es un principe que anda á caza de la culpa, y al fin la mata de un escopetazo; en una loa, S. Juan Bautista, S. Lucas, Adán, la Magdalena, Melquisedech y la fé tiran á la barra, llevándose ja fe el premio.

Algunas veces paga tambien tributo á la costumbre de introducir graciosos que hiciesen reír al pueblo. Estos son mas veces la *inocencia*, otras la *simplicidad*, otras algun rústico, y aun en el auto de la *Almudena* hay un morisco que se parece á Ali en su comedia la *Virgen del Sagrado*, si bien es mejor el último. Estos graciosos, aunque no están mal tratados, no siendo generalmente groseros ni obscenos, des-

dicen siempre, sin embargo, del tono elevado de la composicion, y causan mal efecto.

Hemos hablado de las bellezas y de los defectos de los autos genuinamente de Calderon; al tratar de las bellezas hemos sido pródigos de ejemplos y parcos de enconios, porque todas las descripciones y los elogios posibles no nos pueden dar tan buena idea de la hermosura de una rosa como la que adquirimos viendo á la primera ojeada; al tratar de los defectos hemos seguido el método contrario, porque si se trata de mostrar á un hombre las espinas de esa misma rosa, basta enseñárselas, sin obligarle á que las toque demasiado, porque entonces se lastima.

Hemos concluido, pues, este exámen, si exámen merece llamarse una ojeada tan superficial. El asunto era vasto, nuestras fuerzas pocas, reducidos los límites de que podíamos disponer en las columnas de un periódico; no es extraño que el desempeño no haya correspondido á lo que de pluma mas experimentada pudiera esperarse. Nuestros deseos quedarán satisfechos si conseguimos despertar en algunos el deseo de estudiar á Calderon en esta parte de sus obras, tan olvidada entre nosotros, y que no merecía ciertamente este olvido.

JOSÉ MARIA DE LARREA.

LA SIGEA, NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO III.

Las bodas de la infanta doña María.

El personaje mas importante que habia en Lisboa, no era seguramente el rey D. Juan III, sino el infante cardenal D. Enrique, conde de la Santa Cruz de Coimbra, arzobispo de Evora, de Braga, inquisidor general y gobernador de aquellos reinos.

Pocos ilustres principes han obtenido en Portugal la veneracion de los pueblos con mas justicia que el infante-cardenal D. Enrique. Inteligente, enérgico, magnánimo, piadoso, cortés con las damas, valiente con los caballeros, afable con los desgraciados, fué el único inquisidor que se hizo amar de los verdaderos católicos. No ha habido otro principe que á los 35 años de edad pudiera reunir en su persona tan graves cargos, y desempeñarlos con una prudencia mas consumada. No recordaban los portugueses haber visto bajo la mitra otro mas joven y bello; y le causaba pavor la presidencia del principe en los graves actos inquisitoriales. Pálido, con el cabello rubio y ensortijado, con los ojos de un azul bello y dulce, con los labios entrecabiertos por una permanente sonrisa, más bien que el juez encargado de condenar á los hombres, parecia el ángel que redimía á los condenados.

Précisamente el infante cardenal era inquisidor cuando empezaba en España la encarnizada persecucion contra los herejes, secundada en Portugal con todo el exagerado celo que inspiraba el fanatismo á los prelados de aquel reino.

Ese poder de la iglesia que hizo temblar pocos años despues á Felipe II, tenía todavia en España el correctivo del emperador Carlos V, que levantando su cetro por cima de la silla pontifical, cuando Paulo III no queria acceder á sus peticiones, recurria á los teólogos. Y los hacia componer un *Inferno* (1).

Pero en Portugal era débil D. Juan III para resistir á ese poder formidable que apoyere en los siglos pasados á la luz de la fraguera de la Inquisicion, cómo me imaginó á la braga de los cuernos en los techos oscuros en torno de la llama donde quemó á los ofienses vivas entre conjuros misteriosos.

Portugal estaba espantado con el miedo de los herejes, y enpezaban á fulminarse terribles condenas á los que se juzgaban solamente tibios en el cumplimiento de las prácticas del catolicismo.

En vano el justo razon del infante cardenal procuraba suavizar las penas que pedian los eclesiásticos para el que no habia oido con reverencia un largo sermón, ó para el que habia cometido la imprudencia de confesar que tenia amigos protestantes. El clero se emborronaba, el vulgo bramaba, y los inquisidores tenían que decretar cuando menos una prision perpetua.

Ya empezaba la gota de agua á refrescar muchas cabezas, y la llama á calentar muchos hocos, cuando se supo en Portugal la espulsion de la Suavia de todos los predicantes y maestros que se creian iniciados de la doctrina hereética. La política portuguesa, imitadora desde muy antiguo de la política española, se propuso adoptar tambien una medida análoga á la de Carlos V, y en su consecuencia resolvió D. Juan III, de acuerdo con los inquisidores, espul-

(1) Apuntes de la vida de Felgo-Belding y Agricola, autores del *Inferno*.

también á todos los que fuesen sospechosos, empezando por declarar idolátras á Cosme Senneri, escultor italiano, por haber dicho que las *menas romanas eran la mayor riqueza de Portugal*, y á Bernardo Ruiz, pintor andaluz, por haber copiado el rostro de una virgen para colocarlo en un cuadro de composición mitológica.

En tal estado se hallaba la suspicacia del clero portugués cuando empezó á circular por Lisboa el rumor de que la infanta doña María tenía en su jardín una *venna* que adormaba un castellano. Este rumor llegó á oídos de doña María, y mandó derribar la estatua; pero no debieron de quedar satisfechos los ángeles piadosos cuando elevaron una formal queja al infante cardinal solicitando la prisión del castellano.

Terminada la academia después de la despedida de Luis de Camoens, pidió el infante cardinal permiso para hablar á doña María, y fué recibido en su cámara.

—Venid con Dios, hermano mio, dijo la infanta besando su mano respetuosamente.

—Hermana mía, contóle D. Enrique devolviéndole el ósculo con el mismo respeto: Dios os bendiga, tengo para vos una embajada importante, y quisiera saber si estais en disposicion de oírla.

—Siempre soy el embajador, hermano mio, siempre estoy dispuesto á escuchar.

—¿Albís el obispo de Agda que no ha bullido guerra con vos?

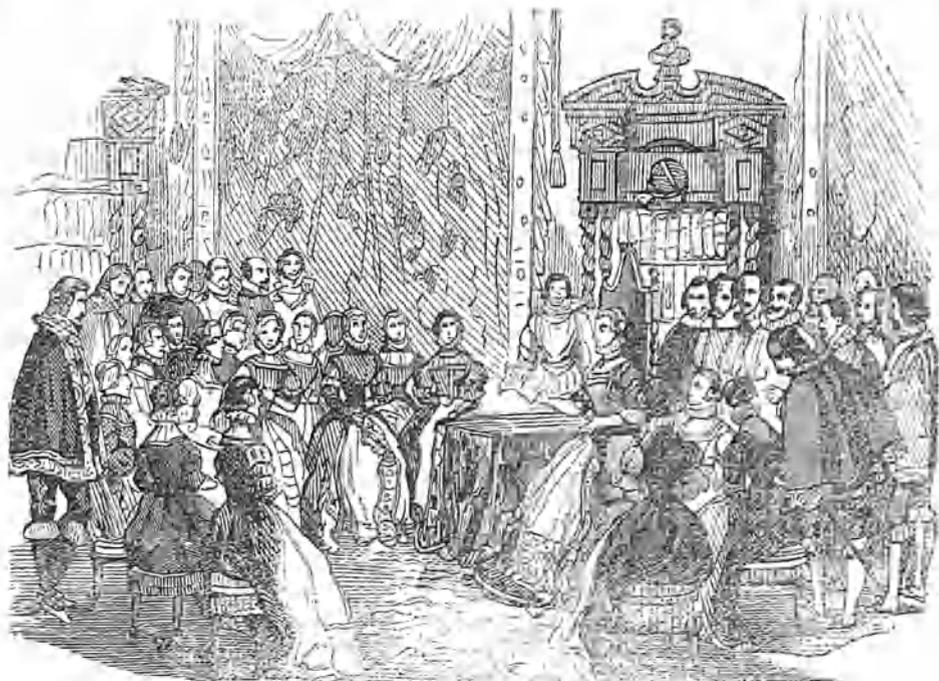
—Aludo á todos los embajadores.

—¿Y por qué esa prevención contra los embajadores?

—Voy á desiroslo, D. Enrique. Apenas tenía yo cuatro años, heredé la corona del rey y referida con mi augusta madre en el monasterio de Cidvelha, cuando vi al primer *embajador*, llamábase el duque de Alba, y era un gentil caballero, tal como yo había imaginado al rey mi padre, con un semblante lleno de magestad y un vestido brillante. La impresión que me causó el duque de Alba fué tan estreña que cuando entró en el convento corrió hácia mi madre diciéndola: «¡pachera, mi rey!».

El duque venia comisionado por mi tío el emperador Carlos V para tratar las bodas de mi madre con Francisco I y conducirla á España. Yo nada pude comprender hasta que mi madre me abrazó llorando y me dijo: «Adios María, hija de mi corazón: me separa de tí Dios tu suagra dichosa.»

Sali del convento para venir á palacio, y no tenía siete años cuando me presenté el rey á otro embajador. Era un viejo cuyo rostro me



Luisa Sigea leyendo un poema en el gabinete de la infanta doña María (ver en la página 115).

con el alma de la póliza sino por la puntiguda nariz. Me hizo saber que era embajador de Francia, y que venia á pedir mi mano para el príncipe. Según me explicó, ya había dado el rey su palabra, y ya estaba casado sin saberlo. Cuatro meses después vino un nuevo embajador vestido de negro á darme la triste nueva de la muerte del Delfín. Por consecuencia á los nueve años me hallé viuda. Vistieronme de luto, y recibí el juramento de la corte; pero muy pronto fui despojada de la negra vestimenta para desposarme con el hermano de mi difunto esposo, con el duque de Orleans, á quien perdí á los seis meses, quedando por segunda vez viuda antes de los diez años.

Aun no se había retirado el embajador que vino á dar la noticia de la muerte del duque, cuando me anunciaron al embajador de Hungría, Mr. Lordes... Al llegar aquí doña María, no pudo el infante cardinal reprimir la risa que le causaba la donosa relación de aquellas bodas, y dijo:

—Vos, hermana mía, que será difícil hallar un príncipe en la tierra con el cual no os hayáis desposado.

—Aguardad, hermano mio, continuó la infanta, que falta mucho á la historia. Vino Mr. de Lordes y me pidió en nombre del rey de Hungría por su hijo Maximiliano. Desposaronme de palabra por trescientos mil, y la corte se apresuró á felicitarme. Trayéronse costosas galas, y ya se disponía mi viaje, cuando llegó otro *embajador*: de mi augusto tío el emperador Carlos, que con pretesta no sé de qué guerras, dispuso divorciarme de Maximiliano para casarme con el archiduque Fernando. Yo me consideraba esposa del heredero del rey de romanos; pero con otro motivo más de parecer el emperador, y todo quedó deshecho; propiciándoseme en seguida, por medio de Mr. Honoré de Gais, la mano de mi primo D. Felipe.

Ignoró los motivos que impidieron la realización de este enlace. Solo sé que D. Felipe tomó otra esposa, y que ya me erró libre de

embajadores. Mas ¿y! ¿ayer me advierte el rey la llegada del duque de Alba, y me trae por consiguiente mi diez y seis Enrique, que era embajador vicario, como todos, á traerme alguna pesadumbre. Si no me á llevarse á mi tío, ¿porqué no tengo la dicha de que esté conmigo, si es á anunciarme un duelo ó á declarar una guerra, vendrá á propiamente algún casamiento.

Terminó la hermosa princesa con un gesto de desden estas palabras, y D. Enrique se sonrió bondadosamente.

—Hermana mía, replicó, al oír vuestra relación cualquiera tiene derecho para lamentarse á la raza de embajadores que tanto os ha mortificado, y yo me apresuro á abandonar tan desgraciado título, renunciando de escitas vuestro desagrado.

—No tenáis, D. Enrique, vos podéis serlo impunemente.

—¿Y si viniera á hablarme de bodas?

—¿Con qué no me ha engañado? el obispo de Agda...

—Venid á pedir vuestra mano para el príncipe D. Felipe, que se halla viudo de doña Blanca.

—¡Dios mío! esclamó la infanta atorada, ¿y qué ha contestado el rey?

—Doña María, oíame, añadió el infante cardinal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se vuelan sobre Italia, suspenden entre sus parras la corona de Francia, espantan con su vuelo al rey de Méjico, hacen sus presas en los campos africanos, y van á reposar sobre las torres de Flandes. El nido mas pequeño que tienen las águilas del emperador no cabe en nuestra tierra, porque ese todo es España. Nadie como Carlos V puede decir: «yo doy la vuelta al mundo sin salir de mis dominios; yo tengo hecho pueblo en los antipodas...»

—Y que....

—Ninguno desde Alejandro ha conseguido tantos triunfos: ninguno ha dado muestras de tan grande poder....

—Acabad, D. Enrique....
 —El emperador es el árbitro de la paz y de la guerra de las naciones: los reyes todos del mundo son sus alijados....
 —Pero señor....
 —El emperador no solicita: manda; sus mas ligeras insinuaciones son leyes....
 —Luego él ha dispuesto....
 —De vuestra mano, doña Maria, y es imposible rebusar.
 Doña Maria guardó silencio por unos instantes, y luego, escondiendo el rostro entre sus manos, rompió en llanto.
 —¡Hija mia! exclamó D. Enrique tomando entre sus palmas aquella linda cabeza; cacuechadme, por Dios, y no os entreguéis á un doctor injusto. No os hablaré del honor que sería para una dama ilustre el colazarse con el heredero del trono de Castilla, con el hijo de un héroe: no os hablaré de la vanidad porque conozco vuestro sencillo carácter; pero permitidme que os haga conocer las virtudes de don Felipe. ¿Quién no envidiaría la dicha de tener por suyo al príncipe mas plázeo de la cristiandad? ¿Sabéis que en España es respetado



(La infanta doña Maria).

de todos los pueblos como si ciñese ya la corona, por su temprana sabiduría y por sus inuatas virtudes?
 —Todo lo sé, replicó la infanta sin dejar de llorar; pero no quiero ser reina.
 —Nuestros deseos, hija mia, significan bien poco cuando Dios nos ordena para que desempeñemos graves cargos. Si Dios ha determinado que lleveis una corona, en vano procurareis resistir su voluntad.
 —Ah, la voluntad de Dios es que yo no pertenezca á los hombres, D. Enrique! Harto me lo revelan los misteriosos acontecimientos que han evitado siempre la realizacion de todos los lazos que se han formado para unirme á un esposo. Y creedme, esta boda no se realizará aunque yo la admitiera. Tal vez el príncipe moriría de repente, ó se encendería una guerra entre España y Portugal.
 —Vuestra imaginacion, hermana mia, se halla preocupada por nuestras ideas. Espero que se disipe. Estáis agitada y necesitáis reposar. Mañana volveré y hablaremos mas despacio de la felicidad que os aguarda. Pero antes tengo una gracia que pedir os.
 —Decid.
 —Teneis á vuestro servicio á un caballero español llamado D. Mariano Enriquez.
 —Sí.
 —El tribunal tiene que entender en su vida

—¿Cómo?
 —Se le acusa de idolatría.
 —Ese caballero es un buen cristiano.
 —Tal vez....
 —Y está bajo mi proteccion.
 —¿Sabéis que para el tribunal no hay inmunidades?
 —¿Y qué queréis?
 —Que lo entreguéis antes que se os reclame.
 —¡Entregar yo misma á un inocente!
 —Si está inocente, nada debe temer.
 —¿Pero con qué pretexto entrego á uno que no es culpable?
 —Ha adorado á la Venus que estaba en vuestro jardín.
 —Esa estátua no existe ya.
 —Pero existe su delito.
 —Su entusiasmo no era una adoracion.
 —Los católicos condenan ese entusiasmo; y es imprudente, hermana mia, que os encarguéis de patrocinar á un herege; ¡vos, tan santa!
 —¿Y qué debo hacer, hermano mio?
 —Enviadme mañana el culpable con una carta vuestra en que diga: «El enemigo habia tomado, para condenar el alma de ese católico, la forma de una Venus de mármol. He mandado destruir la estátua, y vos envío al pecador para que le purifique la penitencia.»
 —¿Y no le condenarán?
 —Se le juzgará segun nuestra conciencia.
 —Está bien.
 —Mirad, doña Maria, que es el único medio de salvar vuestro nombre de católica que anda en bocas del vulgo.
 —Desenidad, D. Enrique.
 —Adios, hermana mia.
 —Id con Dios, hermano mio.
 Así que se retiró el infante cardenal, mandó llamar doña Maria á Luisa Sigea, que era á la vez su maestra, su consejera y su amiga

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

LA NOVIA DE ORO,

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de imagin, que segund cuenta el Maestro Ferruz en su corónica de los varones famosos non conocidos, hobo tierras á poder nada cortos, acullá en las septentrionales partes de España; el qual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un mágico sabidorisimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre Babiera, ansí dicho con tanta razón, ca seyendo home docto mas que otro ninguno, non salió en casi toda su vida, luenga como de suegra ó simple, non salió, dize, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquilar y potage de almorfes. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babiera su amigo, con doce mugeres arreo en soldemete treinta años; é todas las doce mugeres salomónicas fueron á maravilla firmosas é honestas, é ricas é plácientes, é de poca vida, que es rara aventura; é todas emanescieron, é viviéron la cña, é fallescieron luego á la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonos de gran coantía, é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas mas rico ansimesmo que quando era barragan, solo é señero en el mundo. É como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, é le rogó aincadamente de hacer trato con los planetas mas graves é ceñudos, como D. Junipero, D. Satorio, é D. Márcio, é con los celestes enhiastados signos, á saber: D. Arias, D. Tahur é D. Capigoronio, de le dejar una esposa que le cuidara en sus postrimerias é le diese hijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para hablar con los astros por señas, é significoles el cristiano deseo del Conde, é respondiéronle las estrellas haciendo guños, que aina podria el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriría de fijo, en sus altezas los planetas é signos é toda la demás cámara lucida tenían por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del traile. Amobinóse un tanto el atobornado Salomon con lo de morir si paladeaba mas el pan de la boda: ca discurriendo que sus doce veladas hubian tau de súbito fenescido por ser altas é ilustres dance-las, révolvía en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialgre é rolliza, que semejava ser asaz vividera é mas que asaz encaescedora; seyendo empero reica cosa llagar á sabiendos,

parecióle consejo mas sano seguir conde viudo, que hacer viuda condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, pensó el desviarle dende la sea; é como ágradamente duela á cualquier principe non dejar herederos á su talante hábidos; Salomón dando hy é tomando, cayó en cuenta un viúeno en ayuno, á la hora de alenarse la barba, de que D. Capigorronio ó D. Junipero (llamado otramente D. Joven), D. Satrio, D. Arias é compañía amagábanle con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decía de *requiem morientem*. E como fuese notoria fazaña que el mismísimo D. Joven habíase habido hijos sin casar, en Doña Bleda, Doña Anade, Doña Guilopa (4) é otras mancebas que conoció en sus barzoneos por acá ayuso, antes se encámarar acullá usó á las planetarias caferas; el temerario Salomón, como se vió con la barba en la mano, quisíase hacer á todas las estrellas que su casamiento impedían; é non catando al que la conveniencia del su Estado, propúsose de tener sucesion sin tener esposa; é salióse con ello, é non morió, nin doblóle una uña siquiera: cá las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, avióronse á la febra de lo pronosticado. E la mondonga *Pavonesa* (que así la apellida Maese Ferruz por ser vana á la par del pavon cuando la mas poblada la cola) des que se cayó con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejóse en mal hora lento del demopio de la superbia; crecese de boato é atiendo al tenor de una emperadora, puso é quitó en el condado, trató mal á baron y escudero, dama é labriega, viudo é pupila; á tanto que otro viénes como el de marra, enojado el Conde por consejo del sesudo Babieca, entró de improviso en el camarín do trenzaba á la sazón la casi-condesa su cabellera formosísima; é trae el Conde fuera hy entrando de dos en dos hasta cincuenta moñas tocanegradas, é la abadesa en medio con ligera en mano, é cabe ella la escrivana é monaguillas con cruz, caldereta é guisopo, é dos madrejas, bellas como dos querubines, con sendos azafates é dende un hábito é una toca, un cilicio é una zurriga; todo safumado y entremetido en flores, oliendo á gloria. E asiendo el conde la ocasión por los cabellos (como diz socarronamente el Maestro Ferruz), asiendo pues de la suplicada mondonga por el trenzado, púsole en las benditas manos de la perlada é fuese dende; é rodaron á la cautiva las cincuenta sororas, cantándole é sermoneándole muy buenas cosas en latin é romance, hasta que pelada, zurrigada, ciliciada é de todo punto monificada, levóronla en procesion al su monesterio, dó en pocos dias, olvidada de lo que un vano remembrario, dependió desistemente la manufactura de las tortas y pan pintado, bullos, conservas é suplicaciones, seyendo lenguas ahus sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las mas ejemplares é zarandeadas madres de la cistera.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la hija, cuyos loores largamente relata en su cordón el Maestro Ferruz, que de seis á trece años le enseñó quanto él sabía, é á los trece y medio ya sabía la rapaza mucho mas que el nese. Nacida en el día de S. Carisimo, con tal nombre fue baptizada, nombre en ella dos veces andalizo: su nojorio es que esta palabra de *carisima* vale tanto como *muy querida é muy costosa*; é la mochacha, como sobresora en el condado, fuera muy *querida é deseada* del su padre antes aun de nacer, é fue muy *amada é menciada*, é fue muy *costosa á su madre*, é pidió ser á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles hecho la barba; seyendo enapero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las mas celestes con la notacion de la moña forrada; en los arroyos de los principes nunca se pagan en propio sino en ajena caheza; de grandes es error; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fué, Carisima creció por sus dias andado gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente ómnipotente en todo; nunca sobrio un vestido mas de una justina; dormía con guantes é con un pulido tocado; en su vida senta los pies fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; facial, sí, mas linda el ser pequenuela; el tallo cubia en los jemes; labios coralinos, dientes madreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre, los ojos negros, ánsime-no como de azabache, magüer non grandes por demás, eran sobre manera preciosos é bailarinos, que alzaban en vilo; habla en vulgar en toda España destorres, que mirada é remirada Carisima á la menuda, non dábale en ella parte ó fición que fués de suyo acabada é perfecta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura mas apolosejide que inpurse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz ca descargo de su donseñencia, declara é jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad é un tanto mas de la gentileza de la condesa iba ciertamente en el alavio precioso é atinado que usaba; en tal cúbria

de galas habia la moza, é tan grandes algos despendia en ellas, que á darle Salomón barro á mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non bastaban para su arreo, é desentose si que fuera para su padre *carisima*. Fuera ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tortola é alegre como un pandero, á tal que non se apartaba de su boca la risa, ca deciale asaz bien á su cara. Así seyendo, dicho es que habria pretendientes abondo; cual moscas á miel acudian príncipes, duques é varones á requestarla: ella con apacible faz óia los requiebros de todos, respondiales con falagueras razones que non la ponían en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, torner, dar é tomar buenos lumbos á tal cual espadada, é gastar sus dineros por añadidos.

Veialo todo é facia la vista gorda el buen Salomón por consejo del honrrísimo sábio; en seyendo farto dudólo el que la Carisima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los cielos la su bendicion á la hija de la Pavonesa, que á la par dos condes é un duque, peruleros y prepotentísimos, pretendieronla por mujer á la faz de la iglesia, sin se enzar de que su madre non fuera velada; bien que Salomón hobíerla remunerado ante el su Consejo, é todo el condado salomoniense recibíola é saludóla con vítores condesa futura.

Dios corrían, años pasaban, la Condesa llegaba á sazón; forzosa era meterla en estado. Un día que se habia aderezado con sus galas mejores, llamóse á palacio al astrólogo; Babieca vieno. ¿Con quien apellamos esta paloma? dizele jubilos el padre. El conde Bolonio, el conde Espárrago y el duque Armatoste sospiran por la mi única hija, ¿quién carga con ella?—Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es imposible de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carisima quien pueda llevarla en hombros desde este palacio á mi choza.—Catad, repuso el Conde, que la mancha non es grandemente rolliza é pesante, ni yuz huele tampoco vuestra posada; llevarán á tal fardo casado los quieren, é non sabremos á quien endilgarlo.—Si pesa ó non pesa, tornó á decir melitoso el mago, dorriosele han los que tomarlas deben á costas; vengad é prueben. Á la boca fueron congregados los condes é mucha gente; oclaron suertes, repole el primero al conde Bolonio firzada garra é redondo como una bola; envió á Carisima de la cintura, echóla al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso... ¡Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio, cayó al suelo fecho tortilla, salpíandole de sangre á todos los y estantes en torno; en el punto crudo de ponerse en sus hombros Carisima, curvólmase en estuos máxica de oro, é desparchuró con su de-continual pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hy hobiera pasado. Así de ella el conde Espárrago, altísimo é derecho mancho, é morió estragado ni mas ni ménos que el conde gordo. El duque Armatoste, allo é formado como los otros dos é muy mas robusto, emprendió tambien con la arcaja novia; cargo é coyento con la carga. Espantados los demas condes é barones que non osaban pretender á Carisima sinon de hueño, fuéron donde contar la gala á plear el pebre. La condesa, juda confusa é avergonzada, fué á desandar sus galas saugrosas; colérico el Conde cayó un rato si debiera quemar vivo é enfocar por lo ménos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal oca non le cuadrase mucho, é al polo estar para mejor rayuntura. El doctor Babieca, sólo quedante en la cámara condesal, rezó sendos respusos por los tres atollados, é fué á yantar su escudilla de almorias.

E vedes aqui alborotados los confines de España con la estraña noticia de la Noiva de oro, cumdiendo por do quier; sabrosa llevá para las damas á quien Carisima hurtó sus galas, aceda para los que presuntan el monquerie á Carisima, miraculosa para todos los al, que así á ver la ya terrible condesa acodian, como á forma tornada del otro mundo. Mirabanla é remirabanla, é planales el tallo é la cara, el vestir, el andar, el decir é ser de la moza; concocíanse un tanto é luego santiguábanse é portian de carrera diciendo: «Novia que prese, puélese subir, pesan todas: novia que aplata ¡guarda! Carisima tan rara non la queremos.» El Conde que nunca pensara en desahogar los terrenos de sus tierras lidiando, parsiéndole más lacederé cos, los acrescentar con oca toda á su interese animosada, cohó ira tan fuerte de ver incasable á su Carisima, que de buen grado la nombrara como á la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hño empero de desechar el audaz propósito, sospechando ser ya tarde para le aver á felice rabo; é non acertando á desfogar su tracundia en la su hija y en el Babieca, torció la máquina, como era justo, hála sus vasallos, pagando por todos los que más á la mano estovieron; enfor có por ende gobernadores Pitalos, azotó Magdalenas encapetadas, encorazó eserilas, engaleró malsinas, é hizo otras muchas buenas justicias; que solo se logran cuando por la permisun de Dios se acedan los condes; era el estado de Salomón una bolsa de aceite; estornudaba él, é calambrégábase su corte. Carisima en tanta estranaba una gala por día, non dándosele un ligito de tr á la tumba con palma.

(4) En este cuento se llamo D. Satrio á Saturno; D. Junipero y D. Joven á Júpiter; D. Marco á Marte; á los signos Añel, Tenor y Capricornio se convierten en tres caballeros con los nombres de D. Arias, D. Pálos y D. Capigorronio; finalmente de Lada, Europa y Babilo se hace una Doña Bleda, una Doña Guilopa y una Doña Anade. Para otros nombres etimológicos, se pintala solo el Maestro Ferruz.

Pero otra cosa estaba de ayuso. Figuradvos pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un fermoso día de mayo, á la tarde, monta á caballo la novia de oro (ca los caballos, como non habian de casar con ella, llevávanla á cuestras é non reventaban) é métese por un otero, é cae el caballo con la gineja en un charco, é por poco la estruja, con no ser de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio día fuera recibido en palacio: gritóle Carisima que la sacara de entre caballo é lodo é sesudamente respondió el palafrenero, que segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocábale á él solevar al caballo, no empero levantar, ni tocar de sus manos á su ama, cá esto era privilegio del su caballero. «Si vos no me alzárades, díjole jimiendo Carisima, non podré yo, cá por mi cuenta debo estar deslomada.—Veámoslo pues, repuso el remirado palafrenero:» é restallando recamante el látigo sobre el palafren é la dama cual si enderezáse quisiera un azole florisimo, asustáronse al estridor, é alzáronse entrambos. «Laudo sea Dios,» prosiguió el mozo: Carisima, enojada por el gusto, embrióse á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos; aguietose de súbito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encuagadas. Fué el palafrenero é tornó con una camisa de fino rñámo é un jubón é saya de rica bayeta, que hóbese de vestir á falta de otros la Condesica: é al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, agógiósele su caballo, é siguióle el de Carisima como buen compañero. Hételes á los dos á pié, solicos, lejos del palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues á departiendo orba la Condesica de ver que el palafrenero Justino habla como un calongé, amén de ser bello como un angelon de relabio, é préndase sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la caída molestó á la pobre moza, é cogea; nótao Justino, é olvidandó ya la cartilla palafrenerosa, toma á Carisima en brazos para echársela al hombro; Oh fuerza del amor poderosa! Carisima, que poco antes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la matáran, é pugna por abajrse cuando el palafrenero se la esta encina; humosa de tornarse oro é toriillar al maneeho, el cual en efelo la deja. bismulando pues el dolor, esforzándose á sonreir, mayür sin gana, prosiguió andando Carisima, é hizo contar su historia á Justino, é supo que habia madre vieja á dos hermanas que él mantenía; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carneciotendans arreo; que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño le hacer, gobernaba á su gusto el pollo que mas coceaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con áunno de no se casar mientras no pusiera en estado á las hermanicas é gansa para mantener honradamente á la Vieja; Carisima lagrimó bien de vezadas, oyendo la hermosa relacion del maneeho; é pidió á su amita perdon del susto, dióle ella á besar la mano; púsose él de linijos para besarla; quisole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los labios de la moza con la frente del mozo, é osculáronse by ual su grado, con un buen coseorona, que les lizo parecerse de risa. La madre é las hermanicas fueron traídas é acomodadas en palacio al otro día.

No puede el amor abscondérse: Carisima non vivia á gusto, salvo quando platicaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por éél hacia merced á cualquiera; para éél solo se engalanaba. Notólo el padre, pesólo á la hija, confesó ella, buscaron al mágico.—«Padre Babieca, díjo Carisima, yo quisiera ser de Justino; pero non quisiera estrujarle.—Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente meuea el látigo, pareceme cortado apóta para marido é para príncipe; otro yerno apeteciéra yo; poró á este apeteste mi hija, é yo non he azaz de brio para emparejar á ella é descaubar á él, como barrunto que convendría: pedid á los astros que por esta vegada aborren al novio de carga con la novia.—Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carisima desde su palacio á mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tornándola aruestras, puedese tornar de pluma, en vistiendo la saya goró que Justino le trujo quando se enlodó en el otero.—Fartó me duelo, repuso la vana de Carisima, bather de casarme con vestido tan leo; pero eseme yo á lo pobre, que yo me abaviaré luego á lo príncipe.—Mátaredes á vuestro esposo, díjo Babieca: en tomándo mas vuestras gajas, ellos, anal grado vuestro, vos harán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será dél lo que fué de los tres malaventurados.» Carisima gimó de la honda del alma; recobrándose, empero, díjo: «Tanto quiero á Justino, que porqué á él no aveaga daño por mí, aun humaria un elicio á raíz de las carnes por toda mi vida: vestió bayeta.» Llóvo aquí el padre, lloró el mágico, hendijeron é betaron á la mochacha, é despediéronsé fasta el día siguiente. Llegada Carisima á su aposento, juntó sus palas é sus dineros, é repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio: Carisima durmió mejor que ninguna: sobre una buena acríon, qué dulce es el sueño!

Amaneció, vistióse Carisima sin hacer dengoes la honesta ropa, é ved ¡qué asombro! mas bizarra parecia con aquel pobre hábito, que

con sus galas de costa inorme: ¡qué mejor gala que amor á virtud! El cura, padreino é testimonias ya estaban en cas de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contentidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza: Justino andaba forastero é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carisima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: mirante todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuelta. Dice el Conde á Justino: «Toma en hombros tu novia...» Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carisima, mayür nunca lo dijo: sabia qué era muerto quien la alzara en hombros en guisa de amante; parecióle dulce muerte la que de ella viviera, é sin dudar un punto, echóla los brazos diciéndo solamente al alzarla: «Carisima, mirad por mi madre.» ¡Qué pasmo! y qué griteria de jubilo cuando vieron que el feliz Justino, gallardeándose con la fermosa carga, mas leve que pluma, arrancó de carrera con la celeridad de quien vá hácia la dicha! Pobres de capas el suelo, linchióse de bendiciones el aire. Recibieron las del clérigo los dos amantes, y Carisima, que esta destonce fuera llamada la *Novia de Oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de Oro*, por su alto merecimiento, por su inestimable valla.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con éstas palabras: La mujer perdida por galas es la ruina de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece é desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor é descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

La justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUR.

Hay en el Ferdj-Vah (al E. de Constantina) un Scheick llamado Bu-Akas-Ben-Achor, nombre antiquísimo que se encuentra en varias veces á la historia de las dinastias árabes y berberiscas del Ylu-Khalidum.

Bu-Akas, conocido tambien por Bu-Djenol (el hombre del puñal) es la mas perfecta personificacion del tipo árabe. Sus ascendientes conquistaron el Ferdj-Vah (pais hermoso) y reina ahora en esta comarca, cuya conquista ha sabido consolidar con su enérgica administracion.

El Scheick Mohamed-Ben, emisario del mariscal Valée, gobernador general de la Argelia en la época en que pasaron los sucesos que referimos, decidió á Bu-Akas á entrar en negociaciones con la Francia, por resultado de las cuales hace Bu-Akas su suision que formaliza con el envio al comandante general de Constantina de un excelente caballo de Gala y el reconocimiento del tributo anual que debe pagar en lo sucesivo. Apesar de la sinceridad con que Bu-Akas aceptó sus nuevos compromisos no desmentidos hasta ahora, negose constantemente á ir á Constantina, prestando un juramento que se lo impedia, á las más importunas instancias de las autoridades francesas que desechan apesajar cordialmente al poderoso vecino cuya amistad tenían en tanto. Pero Bu-Akas tenía ser retenido prisionero, y está en realidad la causa de su tenaz negativa.

El tributo de que hemos hecho mencion arriba, que satisface anualmente Bu-Akas al gobernador de Constantina, consiste en 80,000 francos; pues bien: todos los años despues de la siega, en el mismo día y á la misma hora exactamente entran por las puertas de la ciudad los camellos de Bu-Akas cargados con la cantidad dicha, sin que nunca se hubiese echado de menos un solo maravedí.

Bu-Akas tiene ahora cuarenta y nueve años y viste como los Kavilas, es decir, usa como ellos un albornoz que sujeta á la cintura con un cordón de cuero, y á la cabeza con un finocordon de seda verde. Le acompaña siempre su par de pistólas colocadas en el cinto, el alfanje Kabila y una hermosa daga de negra empuñadura. Mueve en pos de un negro que le precede á guisa de correo, é es portador de su carabina y á su lado se encuentra continuamente su perro favorito, precioso lebré que Bu-Akas tiene en grandé estima.

Cuando alguna de las doce tribus que domina Bu-Akas recibe daño ó ofensa de otra vecina, no se maneja aquel: házale enviar á su negro al áduar, capital de la tribu ofensora, enseña este elfasil de Bu-Akas, y la ofensa recibe inmediatamente la reparacion mas completa.

La fama religiosa de Bu-Akas corre parejas con la política. Sostiene á sus expensas dos á trescientos tobas que enseñan el Alcoran á su pueblo. Todo peregrino que vá á la Meka y pasa por el Ferdj-Vah, recibe tres francos y la mas obsequiosa hospitalidad durante el tiempo que quiera pasar en los dominios del Scheick. Mas si llega á saber

que algun pseudo-peregrino explota la religiosa caridad de su pueblo le hace traer á su presencia para castigar la superstición con cincuenta palos en las plantas de los pies.

Reune á veces á su mesa Bu-Akas mas de trescientas personas, á quienes hace los honores de la casa de una manera patriarcal, vigilando que sus esclavos no dejen nada que desear á los huéspedes, alrededor de los cuales se pasea él con el baston en la mano. Si algo queda de la comida, como Bu-Akas, mas siempre el último.

Los dominios de nuestro héroe se extienden desde Milah hasta Rabue, y desde el extremo sur del Rabur hasta dos leguas de Gigeli.

Cuando el gobernador de Constantina, única persona cuya superioridad reconoce Bu-Akas, le recomienda un viajero, segun la categoría de este ó los términos de la recomendación, le entrega aquel su carabina, su perro á su puñal. Si el viajero recibe la carabina, la coloca á sus espaldas; si el perro, lo conduce por un cordón con que le ata; si el puñal, le pone en el cintó y con uno ú otro de estos preciosos talismanes, cada uno de los cuales da derecho á determinados honores y acogida, puede recorrer las tribus que estan bajo el mando de Bu-Akas sin miedo á percance alguno; y lo que es mejor disfrutando de comida y alojamiento gratis, privilegio anexo á la cualidad de huésped honrado por Bu-Akas. Al dejar nuestro viajero el Ferdj-Vuh entrega el puñal, carabina ó perro al primer árabe que encuentra; y este abandonando su caza ó labranza, si en ello se ocupaba, su familia y cuanto pudiera entretenerle, toma la respetada reliquia y corre á ponerla en manos del temido Scheick.

Así es que la daga de puño negro es muy conocida, tan conocida que ha dado su nombre á Bu-Akas, Bu-Iyemi (hombre del puñal); con él, Bu-Akas corta las cabezas, cuando alguna vez, para administrar mas pronta justicia cree oportuno hacerlo por sí mismo.

Al tomar este jefe el mando del país, hallábase infestado por inmundicia de ladrones; pero Bu-Akas es hombre que consigue cuanto quiere, y los ladrones desaparecieron porque así lo quiso el Scheick, que se salió para lograrlo de un expediente ingenioso. Disfrazado de comerciante recorria el país, y de vez en cuando dejaba caer un duro que haría por no perder de vista. Un duro perdido, luego encuentra dueño no solo en Africa sino en cualquiera país del mundo; mas el desdichado en cuyo bolsillo era encontrado el duro inmediatamente era decapitado por el ejecutor de Bu-Akas que disfrazado como él le acompañaba en estas escursiones. Es el resultado de este sistema de enjuiciamiento (que no titubamos en igualar al que usaban las comisiones militares que en tiempo del consulado acompañaban á las partidas francesas que recorrían el mediodia donde los Chyguas habian dejado muchos envanidos adobes de duros) á los que durante los estados de sitio en España se encargan muy frecuentemente de las funciones judiciales, surtió el mejor efecto en los estados de Bu-Akas. Dicen sus árabes que un niño de diez años puede recorrer ahora todo el país con una corona de oro y diamantes en la cabeza, sin que en la vuelta estension que aquel domina se alargue una sola mano á rogarlas. ¡Pollos súbditos de Bu-Akas!

Bu-Akas respeta extraordinariamente á las mugeres; así es que es costumbre admitida en aquel país que siempre que hombres y mugeres se encuentran en un camino se separan aquellos de éstas para que estas pasen delante. La menor falta á las consideraciones debidas al bello sexo es castigada inmediatamente.

Queriendo un día el Scheick saber la opinion que de él formaban las mugeres de su país, y á propósito de encontrar en el camino del Vued-Ferd una hermosa árabe, se aproxima á ella dirigiéndola algunas galanterías. — Aléjate, buen gueto, le contestó la hermosa, sin duda no conoces los peligros que corres, le dijo con la gravedad de una reina. — Mas como insistiese Bu-Akas impartióndola — ¡Imprudente! añadió aquella; tan de lejos vienes que ignoras que estás en los estados del hombre del negro puñal, donde las mugeres son respetadas?

Segun dejamos dicho, es Bu-Akas eminentemente religioso, y hace de la manera regular que el rito marca, sus oraciones y abluciones. Tiene cuatro mugeres como lo permite el Koran: dos en su tienda de Ferdj-Vah y dos en el harem.

El Scheick Bu-Akas, como Pedro Lerooux, pone en el mismo grado criminal el robo y el adulterio, con cuyos delitos es inexorable.

Habiendo sorprendido cierto día un habitante del Ferdj-Vah á su muger con un amante, llevó los dos culpables ante Bu-Akas, que al momento mandó decapitar al hombre; mas al irse á ejecutar la misma sentencia en la muger, parecióle sin duda muy hermosa con las ligurinas á su usado que pidió clemencia para la criminal.

—Tu mismo degollarás ahora á tu muger, le dió el inflexible Scheick entregando al marido su puñal, que yo te daré otra; mas si prefieres que ella viva, vivirá; pero morrás tú en su lugar, por que todo crimen debe ser espiaado. ¡Ehge pronto!

Vació un instante el marido, que al fin degolló á su muger con aprobación de Bu-Akas, quien segun su palabra, vuelve á casar al viudo.

Cierta dia, Bu-Akas, el hombre del negro puñal, que por lo que va contado podríamos llamar mejor el justiciero, un día, repetimos, oyó contar que el Cadi de una de las doce tribus pronunció sentencias dignas del rey Salomon, y como oyó Aarun-El-Raschid, quiso juzgar por sí mismo de la realidad de cuanto le habian asegurado. En consecuencia, como un simple viajero sin armas ni distintivo alguno de su autoridad, partió á la tribu poseedora de juez de tal maravilla montado en un caballo de raza que no revelaba su ombligo por los arreos el poderoso dueño á quien pertenecía.

Era casualmente el dia del arribo del Schick á la tribu mencionada, dia de feria y por consiguiente dia de audiencia. Todavía no habia llegado. ¡En todo protege Mahoma á su servidor! todavía, decimos, no habia llegado á la entrada del pueblo, cuando un mendigo cojo, así como á su albornoz, le pide limosna como el pobre á san Martín. Socórralo Bu-Akas con la liberalidad que un buen musulmán lo hace; mas el mendigo no suelta el albornoz.

—¿Qué me quieres?—Le dice Bu-Akas. Me has pedido limosna y te la he dado.

—Si, repuso el cojo; pero el Coran no dice solo darás limosna á tu hermano; y si no haz por tu hermano cuanto pudieres hacer.

—Y bien ¿qué puedo hacer por ti? ¿qué quieres que haga?

—Puedes impedir que yo, pobre repidil, me arrastre y sea atropellado por hombres y camellos entre cuyos pies tendré que caminar si he de llegar al pueblo, cosa muy difícil hoy.

—¿Y cómo impedirlo?

—Llevándome á la grupa hasta la plaza del mercado donde debo estar.

—Sea, dice Bu-Akas ayudando á subir al cojo á la grupa. Con alguna dificultad se hizo la operacion esta, pero al fin se hizo; y algunos minutos atravesaron las calles del pueblo no sin excitar la pueril curiosidad. Llegan á la plaza.

(Concluída.)

LA CABEZA DE TERNERA

Un magistrado, á la salida de una audiencia, dijo á algunos compañeros que se fueron á comer con él.

—Yo te convidaria á ti de buena gana, le contestó, pero como hoy no tengo hoy nada bueno. ¿Sabes, Pedro, como olvidéndonos á su criado que estaba guardando la boca en un caso de amor, lo que tengo?

—Señor de contestó, tiene V, cabeza de ternero.

FILANTROPIA DE UN DUQUE.

En el mes de enero de 1776, se dirigió un duque desde París á Versalles y hacia un frío resaca. Viendo entonces que los dos hermanos que iban en la trasera de su carruaje estaban casi muertos, por frío y hambre enfrente de él. Este rasgo de humanidad terribil justo y mercedido echóse en la parte á los cuales contestó en un hálito de amor diciendo: lo que yo sentía era no poder hacer nada por el momento al cochero y á los caballos.

DEPÓSITO:

